

LA VEZ

— Traigo a la mora al mercado para que vaya conociendo— le dijo la señora Angustias al de los ajos de la puerta.

Yo no soy mora, pero ella no entiende que las chicas de Guinea somos negras, pero no moras. Ya no me importa, la señora me va arreglar los papeles y voy a traer a mi niño y le llevaré al Retiro a montar en las barcas.

Ella se quedó hablando y yo fui a comprar. Me recordó otra vez que no me dejara engañar por el pollero, que tiene ojos de besugo. Yo le miraba los ojos y no se parecían a ningún pez de los de Guinea. Ni al sassandra, el bombo ni el ouemé que es el mas barato.

— Me da cuatro filetes de pollo—le dije al tendero.

—¿Tiene usted la vez? — replicó una señora empujándome con el carro.

— No señora, yo no tengo de eso.

—Pues entonces ¿para qué pide?

Me alejé siguiendo el consejo de mi prima Celina. Cuando te pidan algo, desaparece rapidito no vayan a ser los papeles. Cenaríamos sardinas y en el puesto de pescado, otra mujer que llevaba muchas alhajas me dijo vocalizando mucho.

— La vez la tiene la señora que está en los congelados, que se la he dado yo, y a mí me la ha dado esta señora, así que ya sabe.

Sonreí sin entender y cuando llegó una nueva, me preguntó.

— ¿Da usted la vez?

Todas me miraban pero yo no podía dar nada, porque solo traía el dinero y la llave. Entonces la señora dijo.

— ¡Ah! Pues entonces la tengo yo

Cómo iba a tener ella eso, si la señora de los congelados seguía comprando palitos de merluza.

Todas me miraban, estaba a punto de llorar, de irme sin nada que cenar, la señora me echaría y no podría traer a mi hijo que seguía en Malabo.

Al recordar Malabo me acordé de la escuela donde nos enseñaban que también había cosas que se daban y se quitaban y nadie las veía, como la gracia. A las monjas les gustaba preguntar.

— ¿Estás en gracia, hija mía? ¿Has perdido la gracia?

Si la perdíamos nos regañaba, y todas decíamos que sí que la teníamos.

Me limpié las lágrimas y volví al pollero.

— ¿Quién da la vez? — pregunté.